

Volker Weidemann  
LA REPÚBLICA  
DE LOS SOÑADORES

Traducido por Arnau Figueras Deulofeu

arpa



## SUMARIO

Plano	9
La ciudad de las oportunidades	121
Contraplano	193
Epílogo. En la playa	243
Bibliografía	251



## PLANO

Evidentemente había sido un cuento, nada más que un cuento hecho realidad. Y ahora había terminado. Sería ridículo seguir aferrándose al poder. Los resultados electorales de enero habían sido demasiado deprimentes. Un 2,5 % de los votos: una broma, una broma cruel y de mal gusto. Desde entonces, en la prensa él estaba a merced no solo de un odio enloquecido, sino también de la burla y el escarnio. Un rey del pueblo sin pueblo, un bufón en el trono real, un chiñlado ajeno al espíritu bávaro, un juicio de quién sabe dónde.

Kurt Eisner se había rendido. Hasta altas horas de la noche había estado negociando con su archienemigo Erhard Auer, líder de los socialdemócratas. ¿Negociando? ¡Pero si no tenía nada con que negociar! Auer le había ofrecido el cargo de embajador en Praga, pero lo mismo podría haberle dicho secretario consular en Australia. Aquello se había terminado. Había tenido sus segundos de gloria y había hecho cuanto estuvo en su mano para transformar el reino de Baviera en una república popular, en un país de solidaridad y altruismo.

Había sido un sueño: de repente, la noche del 7 de noviembre, se encontraba en el asiento del presidente de Baviera. Uno tiene que ser lo bastante astuto para aprovechar el momento cuando llega. Y el 7 de noviembre de 1918 ahí estaba Eisner.

Era una tarde soleada, decenas de miles de soldados, sindicalistas, obreros y marineros se habían congregado en la cuesta oeste del prado de Theresienwiese. Había tensión en el ambiente. El ministro del Interior, Friedrich von Brettreich, había mandado llenar la ciudad de carteles con el mensaje de que el orden estaba garantizado. Erhard Auer, del SPD, se lo había asegurado personalmente el día anterior. No estallará ninguna revolución. A Kurt Eisner, candidato al parlamento por los socialdemócratas independientes, que llevaba unos días anunciando la llegada de la revolución, lo «arrinconaremos contra la pared», había dicho Auer. Aseguraba tener la situación bajo control.

Sin embargo, no tenía nada bajo control. Esa tarde hubo un enorme caos, llegó más y más gente, más y más soldados de los cuarteles, la mayoría de los cuales se habían arrancado las insignias de rango. Los hombres —y unas pocas mujeres— formaban pequeños grupos e iban amontonándose alrededor de uno u otro orador. Auer se había hecho con el mejor sitio, justo delante de la gran escalinata de la estatua de Bavaria. Pero cuando las masas se percataron de que él solo quería calmarlos y darles esperanzas pensando en un futuro lejano, se dirigieron a otros oradores que había más abajo de la cuesta.

Abajo del todo estaba Kurt Eisner. Estaba prácticamente gritando, agitando los brazos en el aire. Cada vez más gente se apelotonaba alrededor de aquel hombre de largo pelo cano, con quevedos, barba larga y descuidada y un gran sombrero. Entre quienes albergaban esperanzas en la revolución, tenía buena reputación: en enero había organizado la huelga de los obreros del sector de la munición, a raíz de lo cual había pasado medio año en la cárcel.

Sus discursos no eran especialmente vibrantes; tenía la voz ronca y aguda. Le costaba hacerse oír entre los demás oradores. Pero los oyentes lo percibían: hoy ese es nuestro hombre. Él no nos mandará de vuelta a casa. Ese hombre percibe la ener-

gía del día, la rabia, la voluntad de que al final ocurra algo decisivo. Esa mañana aún se había visto pasear al rey por el Jardín Inglés. ¿Cuánto más pensaba seguir paseando? ¿Cuánto tiempo más quería gobernar?

Un joven que se opone radicalmente a la guerra, con un abrigo negro y de facciones rudas, hijo de un panadero de Berg, a orillas del lago de Starnberg, que trabaja en una fábrica de galletas en Múnich y desde hace algunas semanas es un exitoso estraperlista, que ha escrito poemas y crítica literaria para el *Münchner Neueste Nachrichten*, también está escuchando a Eisner cautivado. Es Oskar Maria Graf. Está con su amigo, el pintor Georg Schrimpf, quien hizo la portada del primer volumen de poesía de Graf, *Die Revolutionäre* [Los revolucionarios]. El libro contiene un pequeño texto titulado «Sentencia»:<sup>1</sup>

A veces tenemos que ser asesinos,  
 pues la humildad no ha hecho más que deshonrarnos  
 y el tiempo se nos escurrió, arqueados por tanto cansancio.  
 Atormentado y oprimido por el arduo trabajo,  
 aprieta los dientes el mercenario de la fortuna  
 y se lanza ciego a la corriente,  
 llena del impulso purificador,  
 para resucitar como insomne penitente,  
 consciente de su misión definitiva...

Los dos habían asistido a lo largo de casi dos años a los encuentros prerrevolucionarios de los lunes en el mesón Zum goldenen Anker, en el barrio de Ludwigsvorstadt, donde Kurt Eisner era un orador habitual. Por eso lo conocían, al menos de lejos.

---

<sup>1</sup> N. del T.: Las traducciones son nuestras salvo que se indique lo contrario.

—Madre mía, hoy está todo Múnich aquí —dice Graf—. ¡Hoy debería hacerse algo! Ojalá no se vaya todo el mundo a casa y al final no se haga nada.

Un gigante uniformado y con barba lo ha oído y le sonrío con aire de superioridad:

—No, no, hoy no nos vamos a casa... Hoy vamos a cualquier otra parte... Enseguida nos ponemos en marcha.

En ese momento la gente a su alrededor se pone a gritar:

—¡Paz! ¡Viva la revolución mundial! ¡Viva Eisner!

Luego se hace el silencio durante un minuto, y desde más arriba, desde la estatua de Bavaria, donde está hablando el conciliador Auer, se oyen aplausos. El amigo íntimo de Eisner, Felix Fechenbach, un poeta de veinticinco años de cara ancha y barba rala, grita hacia la multitud:

—¡Camaradas! Nuestro líder Kurt Eisner ha hablado. ¡No desperdiciemos más tiempo en discursos! ¡Los que estén a favor de la revolución que nos sigan! ¡Vamos! ¡En marcha!

De repente la masa se pone en marcha y sube la cuesta en dirección al barrio de Westend. Y van avanzando, por delante de tiendas con las persianas bajadas, en dirección a los cuarteles. Graf y su amigo Georg, al que todos llaman Schorsch, marchan casi a la cabeza de la comitiva, a solo cinco pasos de Eisner. Más adelante Graf describirá a su repentino líder así: «Era pálido e irradiaba una profunda seriedad; no decía palabra. Parecía casi como si aquel repentino acontecimiento lo hubiera cogido desprevenido. En ocasiones se quedaba con la mirada fija, medio asustado, medio distraído. Iba cogido del brazo con el líder de los campesinos, el ciego Gandorfer, ancho de espaldas, macizo, que andaba a grandes zancadas. Este se movía con mucha más libertad, con una apariencia ruda, robusto, como uno imaginaría que se mueve un campesino bávaro. A su alrededor estaba el pelotón de los más leales».

Cada vez son más. La policía se ha retirado, se abren ventanas, la gente se asoma, en silencio y con curiosidad. Se suman las

primeras personas armadas, el ambiente es alegre, como si estuviesen yendo a una fiesta. Alguien cuenta que los marineros han tomado el palacio de Residenz, júbilo colérico, sube la moral.

¿Hacia dónde marchan? Parece que su líder, pálido y resuelto, sigue un plan. Siguen avanzando con determinación hacia las afueras. Finalmente la multitud se mete en un callejón oscuro. ¡Alto!, gritan desde delante. ¿Dónde están? ¿En una escuela?

Se trata de la escuela Guldein, que en los últimos años se ha usado como cuartel de guerra. Se oye el primer disparo, la gente es presa del pánico, algunos hombres entran en la escuela, la mayoría vuelven a salir deprisa. Unos minutos más tarde se abre de golpe una ventana del piso de arriba, y alguien hace ondear una bandera roja y grita:

—¡La tropa se ha declarado a favor de la revolución! ¡Todos se han cambiado de bando! ¡Adelante, marchad, marchad! ¡Adelante!

Ese es el momento. A partir de ahí todo parece ocurrir como algo espontáneo. Cada vez más soldados se unen a ellos, se han arrancado las charreteras de los hombros y se han puesto telas rojas; se está formando una nueva comunidad. Los niños acompañan a la muchedumbre con vítores. En algún momento los hombres ven venir a un soldado que todavía lleva las insignias de rango en los hombros, un pagador. Le arrancan las charreteras y lo zarandean. Un tipo enorme quiere ponerle las manos encima. El hombre empieza a chillar y el fortachón Oskar Maria Graf interviene:

—¡Dejadlo! ¡Venga ya, que él no tiene la culpa!

Calman al hombretón a duras penas, que le da la razón a Graf entre dientes, pero luego añade:

—Pero ¡qué es esto, tan amables no podemos ser!

Siguen marchando de cuartel en cuartel. El procedimiento es siempre el mismo. Algunos hombres entran en el edificio mientras fuera esperan Eisner y los demás, y pasados unos instantes

se abre una ventana y sale ondeando una bandera roja. Gritos de júbilo en la calle, los hombres esperan a sus compañeros y a los del cuartel, que se unen al grupo, y luego siguen la marcha.

Al cabo de un rato el grupo se divide. Dicen que el cuartel Maximiliano II, en la Dachauer Straße, les va a dar problemas. Que allí está habiendo un tiroteo. Esto espolea a la tropa en torno a Oskar Maria Graf, y siguen adelante a toda prisa. Cuando el centinela de la entrada divisa a los hombres, tira el arma y huye. Los revolucionarios entran. En el patio del cuartel un oficial ha mandado formar una pequeña tropa y comanda ejercicios; está de espaldas a la puerta de entrada. No llega siquiera a darse la vuelta: alguien le da un golpe en la cabeza con gran violencia y le encastra el casco hasta las orejas. En ese mismo instante los soldados deponen las armas y se unen a los revolucionarios gritando:

—¡Se acabó! ¡Viva la revolución! ¡En marcha!

Los sucesos fueron turbulentos, rápidos; del agotamiento de la gente surgió una energía repentina. La maldita guerra había durado más de cuatro años. No iban a dejar que se consumiera sin más y que todo quedara en aquel ocaso. De aquella oscuridad tenía que surgir algo luminoso, algo nuevo.

Un hombre de los Alpes lanzó un grito de alegría como en el baile del *Schuhplatteln*, y en un discurso espontáneo un soldado que estaba al borde de la muchedumbre animó a la creación de consejos de soldados. La multitud siguió adelante hasta la prisión militar; a golpes de hacha y de fusil los soldados derribaron la puerta. Más tarde Graf recordó: «Hoy aún puedo ver cómo se abren las puertas de las celdas y salen los presos. Uno nos miró asombrado, se estremeció y empezó a soltar unos sollozos desoladores. Luego se cayó exhausto sobre el pecho de un hombre bajito y se agarró a él. No paraba de gritar: “¡Gracias! ¡Gracias! ¡Que Dios os los pague, que Dios os lo pague!”».

Se van abriendo las celdas una tras otra. Los presos salen en tropel y se unen a los revolucionarios, que finalmente vuelven al centro de la ciudad. En la plaza de Isartor, Graf entra en una peluquería, donde trabaja su amiga Nanndl. Le dice gritando a la muchacha:

—¡Revolución! ¡Revolución! ¡Hemos vencido! —Ella sonríe entusiasmada y se le cae el rizador, pero Graf ya se ha ido.

Los grupos se dividen; al borde del camino se van haciendo discursos, y las calles del casco antiguo de Múnich se vuelven pequeñas. ¿Adónde hay que ir ahora? ¿Dónde se proclamará la república?

Graf y Schorsch se han alejado de la multitud. Atraviesan el río Isar en dirección a la taberna Franziskaner. Se dice que Eisner va a hablar allí más tarde. Piden salchichas y cerveza, listos para el discurso revolucionario de Eisner. Pero sigue reinando una sensación de tranquilidad. Alguien grita:

—¡Wally, una de *Schweinshaxn*!

Allí nadie habla de política, de consejos, ni del rey ni de la guerra. Solo hay cerveza, salchichas y tabaco. ¿Aquí nadie se altera o qué? ¡Qué pueblo tan tranquilo, el bávaro!

Cuando los dos revolucionarios, saciados y alegres, se marchan de la taberna y regresan al centro, en las calles hay un gran alboroto. Todo el mundo ha oído rumores. Por delante del palacio de Residenz hay gente paseando. ¿Está el rey todavía allí? ¿Lo verán una última vez? ¿Estarán cuando el último Wittelsbach abandone su castillo en la ciudad, donde la familia ha gobernado durante novecientos años ininterrumpidamente? Oskar Maria Graf disfruta del aire nuevo y de las posibilidades que se abren en la ciudad, y sobre todo de lo cerca que está el fin de esta larguísima guerra.

Mientras tanto, la gran tropa se ha desplazado hasta la cervecería Mathäuserbräu, entre la estación central y la plaza Stachus. Son las nueve de la noche, aquí también hay salchichas, cerveza y *Schweinshaxn*, pero no hay un ambiente tranquilo, sino zum-

bido de gente trabajando, una ansiosa concentración, incredulidad y determinación. Se escoge un consejo de obreros, uno de soldados y otro de campesinos, órganos de autogestión siguiendo el ejemplo de los sóviets rusos.

El líder campesino Ludwig Gandorfer, que es ciego, está siempre al lado de Kurt Eisner. Eisner quiere a toda costa que los campesinos participen en el nuevo gobierno. Hace tiempo que la situación del aprovisionamiento en Múnich es complicada. Si los campesinos no están de parte de la revolución y la gente pasa hambre, la revolución habrá terminado en pocos días.

Fuera, delante de la cervecería Mathäserbräu, llegan y se van camiones con armamento y munición. Al llegar soldados y obreros, se les da armas y el consejo de la revolución los manda en pequeños grupos a los edificios públicos para que los ocupen.

Ministerios, la estación central, la comandancia general del ejército: uno tras otro, todos los sitios van cayendo en manos de los revolucionarios. Hombres con brazaletes rojos andan atareados por la ciudad. Múnich debe volverse roja; roja y renovada y pacífica y libre.

En el palacio de los Wittelsbach, residencia de Luis III y su familia, reinan el caos, la disgregación, el horror y la estupefacción. ¿Dónde están los guardias? Se han esfumado. ¿Dónde están las tropas reales para acabar con el terror que hay ahí fuera? El jefe del gobierno, Otto von Dandl, y el ministro del Interior, Friedrich von Brettreich, informan al rey. No, aquello no se podía prever, le dicen. Sí, el líder de los socialdemócratas, Auer, les aseguró que no se convertiría en una revolución. No, por ahora no hay nada más que hacer y lo mejor sería que el rey y su familia abandonaran la ciudad de inmediato.

Entonces todo se precipita. La reina está enferma con fiebre, el médico de cámara acaba de visitarla. Esto lo complica aún más. ¿Hacia dónde tienen que huir? Se decantan por el cas-

tillo de Wildenwart, en las inmediaciones del lago Chiem. Pero ¿cómo llegar hasta allí? El primer chófer se ha unido a los revolucionarios. El segundo está con su mujer, que está enferma. Le hacen venir. La reina recibe la información sobre la huida inminente sentada ante el tocador. El rey se pone su abrigo de caza gris, forrado de piel de zarigüeya, asistido por un viejo ayudante de cámara. Coge una caja de puros y está listo para salir. Le siguen las princesas Helmtrud, Hildegard, Gundelinde y Wiltrud, la reina, dos cargos de la corte, una baronesa y la criada de la reina. Protegida por la oscuridad, la pequeña comitiva real abandona la ciudad a escondidas.

Kurt Eisner y sus compañeros más fieles ya se han ido de la cervecería Mathäuserbräu y van de camino al Landtag, el parlamento bávaro, en la Prannerstraße. El portero nocturno de ese edificio laberíntico se planta ante ellos con un manojo de llaves en la mano. No, él no va a dejar entrar a nadie ahora, en medio de la noche, y las llaves se las va a quedar él. Entonces un obrero da un paso al frente y le da un golpecito en el hombro:

—¡Venga, hombre, no monte un espectáculo! ¿Acaso a estas horas aún no se ha enterado de lo que ha pasado?

El portero, confuso, mira el reloj para comprobar la hora; el obrero se impacienta y le dice que no, que da igual la hora, que está atontado, señor portero, y le arrebató el manojo de llaves de las manos.

El guardia de las llaves se echa atrás consternado, y la pequeña tropa revolucionaria se dirige al salón de sesiones. El obrero prueba varias llaves, finalmente encuentra la correcta y entran; Eisner sube resuelto y con total naturalidad a la tribuna del presidente. A su lado están Felix Fechenbach y el dramaturgo y periodista Wilhelm Herzog, marido de la admirada diva del cine Erna Morena, que acaba de ser designado por Eisner secretario de Prensa del nuevo gobierno.

Eisner se deja caer en el asiento del presidente y Fechenbach y Herzog se sientan a su lado, en los asientos de los secretarios. Obreros y obreras entran en tropel a la sala, algunas mujeres con parasoles rojos. «Era una imagen pintoresca», recordará más adelante Herzog. El ruido, el bullicio, el cuchicheo, los gritos, las expectativas, la incredulidad, la alegría, el parlamento bávaro en medio de la noche.

Kurt Eisner mira abajo y ve el gentío. Se peina su larga melena hacia atrás. Se ha levantado, está a punto de hablar, se proclamará a sí mismo presidente provisional y a Baviera Estado libre.

Pero durante un momento solamente observa. ¿Estará recordando algo? ¿Estará pensando en sus inicios como escritor, en su primer libro sobre Friedrich Nietzsche, publicado en 1892, cuando todavía eran pocos los que habían escrito sobre ese hombre y su filosofía? ¿En su análisis de lo que él llamó la «religión de la insensibilidad» de Nietzsche, que era «antisocialista en su misantropía»? Para él, en cambio, en ese momento el socialismo era «un objetivo claro y alcanzable».

Había trabajado como periodista en el servicio telegráfico Herold, luego en el periódico *Frankfurter Zeitung* como editor adjunto, y ya por aquel entonces tenía ambiciones más elevadas. Quería hacer reseñas de libros, escribir editoriales, y pidió entrevistarse con Leopold Sonnemann, fundador de la prestigiosa publicación. Pero fue en vano.

Eisner empezó a trabajar para el periódico *Hessische Landeszeitung*, en Marburgo, donde escribió unos textos que se leían en todo el país en los que se burlaba a la ligera de la política del emperador, de la aristocracia rural y del sistema feudal. A comienzos de 1897, pasó nueve meses en la prisión de Plötzensee por un delito de lesa majestad a causa de un artículo demasiado crítico. En su texto había escrito: «Con un pueblo de jueces libres, rigurosos y exigentes, quizá también nosotros seríamos reyes».

¿Estará ahora pensando en estas líneas, al encontrarse nuevamente en el estrado? ¿O en el tiempo posterior a su cautiverio? Justo después lo había contratado el periódico *Vorwärts*, el poderoso órgano del Partido Socialdemócrata. Él se ocupaba del suplemento dominical, donde escribía textos que llamaba «Parloteos del domingo». Escribía sobre lo privado y lo político, sobre la familia y el partido.

Pero tenía muchos enemigos en el periódico, sobre todo entre los poderosos y los funcionarios del partido. Rosa Luxemburgo, Victor Adler, Karl Kautsky, Franz Mehring: todos ellos lo consideraban un idealista, un loco, un soñador, un intelectual erudito. Tras elogiar exaltadamente un discurso de August Babel, este le escribió para decirle que la alabanza era exagerada y que su entusiasmo le había abochornado. En 1905 fue despedido de *Vorwärts*.

Después escribió para el periódico *Fränkische Tagespost* y para el *Münchener Post*, y se mudó a Múnich con su familia. En los últimos años se había hecho cada vez más conocido por ser una voz pública contra la guerra. Su propio partido, el Partido Socialdemócrata Alemán (el SPD), era favorable a la guerra. Había autorizado los créditos de guerra en el parlamento y oponerse a ello se consideraba una traición a la patria incluso en sus propias filas.

Entonces, en abril de 1917, se produjo la ruptura. En Gotha se fundó el nuevo Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD, por las siglas en alemán), cuyos principales objetivos eran la finalización de la guerra y la recuperación de la confianza internacional. Kurt Eisner estuvo presente en la sesión de fundación del partido, intervino varias veces y se convirtió en una de las personalidades más importantes del nuevo partido antibélico.

¡Y ahora se había terminado de verdad la guerra! ¡Por fin se había acabado! ¿Todo se había hecho realidad de la noche a la mañana? ¿El arte se había hecho realidad? ¿Sus sueños artísti-

cos, sobre los que había escrito en todas sus críticas teatrales? El discurso que había pronunciado ese año en Berlín, cuando habló de la Novena Sinfonía de Beethoven y recordó: «El 18 de marzo de 1905, en memoria de la Revolución de Marzo y de Friedrich Schiller, en un salón de una cervecería de Berlín, en medio de un barrio obrero, un grupo de proletarios interpretó la Novena Sinfonía de Beethoven. Probablemente por primera vez en la historia. Casi tres mil personas estaban apretujadas en un salón abarrotado y caluroso, en un silencio absoluto, reverencial, esforzándose por comprender. El proletariado ha madurado y se ha fortalecido tanto que ya no se deja tutelar en las grandes cuestiones artísticas. En todas partes aspira a lo más alto y quiere alcanzar las estrellas». Y añadió: «De lo más hondo ha surgido un sentimiento de liberación. ¡Alegría!».

Había puesto todos sus sueños y convicciones en este texto sobre Beethoven. Todo aquello por lo que quería luchar. «El arte ya no es una huida de la vida, sino la vida misma», había proclamado. Y al final, su visión de futuro: «Si la humanidad, liberada y madura gracias a la lucha del socialismo proletario, algún día es educada según el himno universal de la Novena, si este canto se convierte en el catecismo de su alma, entonces el arte de Beethoven habrá vuelto a la patria de la que huyó: la vida».

Su nuevo libro, redactado y preparado para la imprenta durante su estancia en prisión tras la huelga en las fábricas de munición, se titula *Die Träume des Propheten* [Los sueños del profeta]. Sí, Kurt Eisner es un soñador y un profeta. Y ha estado toda la vida escribiendo y luchando por este momento que ahora tiene lugar en el Landtag de Baviera.

Debe centrarse. Ahora tiene que dar su discurso. A su lado, Fechenbach está un poco nervioso. Eisner no es un buen orador. Piensa demasiado y es demasiado desestructurado, se atasca muy a menudo, asombrado por su propia emotividad.